

—Nuestros reyes y caciques, es verdad, nos hacían también sus siervos; pero no nos marcaban la cara con el hierro ardiendo.

—Hombres hay que ya no se conocen por el rostro, según io desfigurado que le tienen con tantos y tantos letreros.

—¡Y así tuvieron algunos menguados por hijos de Quetzalcóatl á estos ladrones! Nuestros antepasados decían que este buen dios enseñó á los pueblos á labrar la tierra y á vivir como hermanos; y si los extranjeros son sus descendientes, cierto no se parecen á su padre.

—La tierra que ellos cultivan son las minas, donde nos hacen morir de fatiga ó de hambre, buscando el oro en las entrañas de la tierra.

¡Cuán poco se parecen á estos otros extranjeros pobres, que dicen haber venido para llevarlos al cielo! Si no les damos de comer, ellos no tienen boca para pedirnos nada, y mueren de hambre antes que quitarnos el pan.

—Pero sí nos quitan nuestros dioses, y echan por tierra los *teocallis*.

—¡Bien hecho! Huitzilopochtli ha gozado ya mucho tiempo en la sangre de sus adoradores; no quería más ofrenda que los corazones arrancados de las víctimas sacrificadas en sus altares, y no

creo en la deidad que se complace en la destrucción de los humanos.

—Tienes razón, hijo mío, decía un anciano de faz amable; pero la creencia que tratan estos hombres de inculcarnos no es nueva para mí: el gran monarca de Texcoco, Netzahualcóyotl, profesaba en secreto otra religión, si no igual, muy semejante á la que ahora se nos predica; y había erigido un templo, no á los dioses que adoraba el vulgo supersticioso, sino al Dios desconocido que está en todas partes sin tener figura humana, y que no exige del hombre sino amor, adoración, incienso y flores.

—¡Volvamos, pues, á los tiempos de ese buen rey, que tantos beneficios hizo á su pueblo, y que recuerdan nuestros ancianos con tanta complacencia! Quizá se irán de aquí los extranjeros malos, y sólo quedarán en la tierra los extranjeros buenos.

—Estos serán nuestros padres, yo lo espero, y nos defenderán de los malvados. Hagámonos de su partido.

Tal era la disposición de ánimo con que los naturales recibían á los dos religiosos. ¿Qué resulta de aquí? Un hecho sorprendente y de carácter sobrehumano.

Comienzan su predicación los minis-

tros del Evangelio, y atónito el auditorio, no sabe qué admirar más, si la excelencia y majestad de la palabra santa, ó la maravillosa soltura y propiedad con que aquéllos se expresan en un idioma que poco antes ignoraban.

—¡Raro portentoso!, exclama alguno con aire pensativo: no hay duda en que un Dios habita en estos hombres singulares: él les dicta una doctrina nueva para nosotros, pero amable, que al escucharla va penetrando en lo interior del alma como un rayo del sol que nace, como una suave melodía, ó como el aroma de una flor recién abierta. Su voz alivia los pesares, como la voz de una madre ó de una esposa: nuestros hijos la oirán desde la infancia, y durante las horas amargas de la vida, sonará en su corazón, como la palabra del amigo ausente, como un cántico divino.

Conmovidos hasta este extremo los mexicanos, no bien termina la alocución que se les dirige, cuando espontáneamente hacen pedazos los ídolos que antes veneraban, levantan cruces sobre los *teocallis* y señalan sitios para fabricar templos cristianos.

Los dos apóstoles pasan adelante; llegan á Xochimilco y á los demás pueblos de la laguna dulce; reptense las mismas

escenas que en Coyohuacán; los principales caciques piden para sí y para sus hijos el bautismo, y los religiosos alzan los ojos al cielo, y apenas pueden contener el júbilo por la abundante cosecha que se les prepara.

Entonces fué cuando el P. Valencia, dirigiéndose á su compañero en un arrebatado de entusiasmo, le dijo:

—“Muchas gracias sean dadas á Dios, que lo que en otro tiempo el espíritu me mostró, ahora en obra y en verdad lo veo cumplir.”

Aludían estas palabras al extraño incidente ocurrido en el coro de Santa María del Hoyo, durante los maitines, cuando nuestro buen fraile recitaba desde el púlpito una lección de Isaias. Habla en ella el profeta de la venida de los gentiles á la fe, y elevado el espíritu del lector á las regiones misteriosas donde se revela al hombre lo que es y lo que será, vió puntualmente lo que ahora pasa en su visita á los pueblos de la laguna de Xochimilco, esta presteza, esta espontaneidad, con que un sinnúmero de personas, tribus enteras, vienen á ser iniciadas en la sublime doctrina de Jesús.

Desatábase el enigma de su destino.

IX

Las ideas, los sentimientos, las opiniones, las doctrinas y en general todo lo que de algún modo interesa la suerte de la humanidad, ejerce ahora, y siempre ha ejercido, una especie de magnetismo intelectual ó moral en las sociedades. He aquí por qué al resonar la palabra que envuelve un pensamiento fecundo, tiene un eco más ó menos vivo, más ó menos duradero en todas partes; he aquí por qué una vez proclamado un principio social ó político, encuentra partidarios y por qué desde el punto en que una religión se predica, tiene prosélitos.

Mas la propagación del cristianismo en nuestro país, tuvo algo de excepcional y verdaderamente prodigioso; porque al dejarse oír la voz del Evangelio en un lugar, no parece sino que al mismo tiempo se conmovían otros muchos, y la influencia ejercida en el primero se hacía sentir en todos como una corriente eléctrica.

Con todo, esta virtud atractiva fué mayor y más poderosa para unas poblaciones que para otras, y contrayéndonos á las de que hablamos no ha mucho, señalaremos como una de las más prontas

en adoptar los nuevos dogmas á Cuitlahuac, lugar de suave temperamento y que por estar cercado de agua, fué llamado por los españoles Venezuela.

“En este pueblo, (dice el Padre Motolinia), estaba un buen indio, el cual era uno de los tres señores principales que en él hay, y por ser hombre de más manera y antiguo, gobernaba todo el pueblo: éste envió á buscar á los frailes dos ó tres veces, y llegados, nunca se apartaba de ellos, más antes estuvo gran parte de la noche preguntándoles cosas que deseaba saber de nuestra fe.

“Otro día de mañana, ayuntada la gente después de misa y sermón, y bautizados muchos niños, de los cuales, los más eran hijos, y sobrinos, y parientes de este buen hombre que digo; y acabados de bautizar, rogó mucho aquel indio á Fr. Martín, que le bautizase, y vista su santa importunación y manera de hombre de muy buena razón, fué bautizado y llamado Don Francisco, después en el tiempo que vivió fué muy conocido de los españoles.

“Aquel indio hizo ventaja á todos los de la laguna dulce, y trajo muchos niños al monasterio de San Francisco, los cuales salieron tan hábiles, que excedieron

á los que hablan venido muchos días antes.

“Este D. Francisco, aprovechando cada día en el conocimiento de Dios y en la guarda de sus mandamientos, yendo un día muy de mañana en una barca, que los españoles llaman “canoa,” por la laguna, oyó un canto muy dulce y de palabras muy admirables, las cuales yo ví y tuve escritas, y muchos frailes las vieron y juzgaron, hablan sido canto de ángeles, y de allí adelante fué aprovechando más; y al tiempo de su muerte, pidió el sacramento de la confesión, y confesado y llamando siempre á Dios, falleció.

“La vida y muerte de este buen indio, fué grande edificación para todos los otros indios, mayormente los de aquel pueblo de Cuitlahuac, en el cual se edificaron iglesias; la principal advocación es de San Pedro, en la obra de la cual trabajó mucho aquel buen indio D. Francisco. Es iglesia grande y de tres naves, hecha á la manera de España.”

Como este hecho se repitieron varios otros que sería largo referir, y que demuestran por una parte, el anhelo con que abrazaban el cristianismo los naturales, y por otra la vida laboriosa, fecunda y verdaderamente evangélica que observaban los primeros frailes, señaladamen-

te el P. Valencia, de quien puede con razón asegurarse que su celo por la conversión de los gentiles era una llama siempre activa, siempre eficaz y siempre en aumento.

Pero tiene otros títulos á la gratitud de la nación mexicana. El fué, como el P. Betanzos, el defensor más firme y decidido de los indios; él fué quien primero fulminó contra los abusos de la tiranía; y él fué, por último, quien para ponerle freno, levantó la voz en contra suya en el seno de la primera asamblea, que con el carácter de concilio, se verificó en el convento de San Francisco. Presidióla él mismo, como legado apostólico, y fué compuesta de cinco clérigos, diecinueve religiosos y cinco letrados, ó tres, como asienta el P. Vetancurt. Asistió á ella D. Fernando Cortés, y empezó sus sesiones á fines del año de 1524, concluyendo á principios del siguiente. Su principal objeto fué proveer á la salud espiritual de los pueblos, procurando aprovechar las luces y experiencia de los asistentes para elegir los medios más adecuados al establecimiento de la fe, á la extirpación de las malas costumbres y especialmente de la idolatría, muy arraigada en los habitantes de distritos poco visitados.

Fué además el venerable religioso un astro de consuelo en medio de la tormenta suscitada por las malas pasiones de los hombres depravados, en cuyas manos dejó Cortés las riendas del gobierno, durante su funesta expedición á las Hibueras. Veamos cómo se expresa acerca de este suceso el P. Cavo.

X

“A este bravo capitán, (Cristóbal de Olid), que se habla hecho famoso en la guerra de los mexicanos, vencidos éstos, lo despachó Cortés, como dijimos, á conquistar la provincia que llamaban Hibueras, distante de México más de cuatrocientas treinta leguas al sudeste; para este efecto le confió una formidable escuadra de seis velas con cuatrocientos infantes y treinta caballos, encomendándole al partir que á cierta altura destacara una de las embarcaciones al mando de Diego de Hurtado de Mendoza, su pariente, que costeano arribara al Darien en cumplimiento de la orden del Emperador, que deseoso de quitarse de contestaciones con los portugueses, por todos sus dominios de aquel nuevo mundo había buscar el estrecho que se decía del de un mar al otro.

“Olid, cumpliendo este encargo, llegó

á aquella provincia, y como los naturales de ella eran gente pacífica, con facilidad los redujo al dominio español; pero este hombre tan favorecido de Cortés le pagó ni más ni menos como Cortés había pagado á Velázquez. Se sustrajo de su jurisdicción y cortó con él toda comunicación.

“Mas Cortés, que tenía más poder y brío que Velázquez, determinó vengarse de aquel ingrato, y publicó la jornada de Hibueras, tanto más que en aquellos días una embarcación de Cuba, le había traído la noticia del fallecimiento de Velázquez y de la instalación en aquel gobierno de su paisano Manuel de Rojas, casado con una pariente suya, de donde coligió que los amigos del muerto pasarían á Hibueras á unirse con Olid para su ruina. Entre tanto que se disponía al viaje, envió con los poderes más amplios que pudo á aquella provincia á Francisco de las Casas, para que viera el modo de asegurar la persona de Olid....

“Hecha esta diligencia, procedió á disponer su viaje, y ante todas cosas constándole de la mala voluntad que le tenían los oficiales reales, acaso por hacerse los amigos les dió repartimientos, con la condición de derribar los ídolos y pro-

curar la instrucción de los indios que les había señalado; las demás cosas dispuso de esta manera.... A Francisco de Solís nombró Cortés por capitán de la artillería y alcaide de las atarazanas; á Rodrigo de Paz, su primo, hombre bullicioso, encomendó su casa y hacienda, dándole los cargos de regidor y alguacil mayor; nombró por gobernador del reino en su ausencia, al tesorero Alonso de Estrada y al Licenciado Alonso de Zuaso. Cortés quería llevarse al contador Albornoz, por ser el más moderado de los oficiales reales; pero habiendo caído enfermo, por instancias del factor Salazar, lo asoció á los gobernadores. Este consejo de Salazar fué con el malvado fin de poner á los gobernadores en la ocasión de reñir, pues sabía muy bien la enemiga que tenía el tesorero con el contador.

Finalmente, para que el factor y veedor no quedaran sujetos á sus colegas, se los llevó á Coatzacoalcos, á donde apenas habían llegado, como que presintieron lo que sucedía en México, ambos pidieron á Cortés licencia de volverse. Este, acaso arrepentido de llevar por testigos de sus acciones, hombres que procedían de mala fe, les otorgó su demanda, y añadiendo á un favor otro favor,

también los asoció al gobierno del reino....

“Esto pasaba en Coatzacoalcos al tiempo que un correo despachado á toda furia del ayuntamiento de México, llegó á aquel lugar con la noticia de que luego que Cortés se alejó de la ciudad, habían reñido malamente el tesorero Estrada y el contador Albornoz; y por un asunto de tan poca monta como era de poner un nuevo alguacil, echaron mano á las espadas, perdiendo así el respeto debido á las casas de cabildo; que requeridos de que si no se conformaban con los dictámenes, serían depuestos del empleo de gobernadores, no por eso habían cesado los escándalos; que si Cortés no refrenaba la presunción del uno y la arrogancia del otro, la ruina del imperio era inevitable.

“Incontinenti Cortés, habiendo escrito á aquellos gobernadores que si no olvidaban la enemiga que los hacía proceder tan escandalosamente, los privaría del oficio, mandó que al punto se pusieran en camino para la capital el factor y veedor, dándoles por escrito toda su autoridad para procesar aquellos hombres, caso que aún durara el rompimiento.

“Entretanto, sobresaltado Cortés con la nueva de haber sido preso por Olid

Francisco de las Casas, apresuró su viaje, y así, habiendo juntado todos los soldados españoles que pudo y mexicanos que había convocado, con una comitiva inmensa partió para Hibueras, á tiempo que por Cuauhquemalan venía á grandes jornadas Francisco de las Casas á darle aviso de que forzada la prisión en que lo tenía Olid, lo había muerto con alevosía.

“Habiendo Cortés partido de Coatzacoalcos para las Hibueras y restituidose á México Salazar y Chirinos, bien que hallaran agitadas las desavenencias entre Estrada y Albornoz contra la prohibición de Cortés, no sólo trataron de procesarlos, sino que tuvieron la avilantez de romper públicamente su mandamiento, que temeroso de sus violentos genios les había dado por escrito. En estos contrastes pasaron algunos días. hasta que se comprometieron á estar á lo que el licenciado Zuaso decidiese: éste declaró, que la voluntad de Cortés era que todos cinco unánimes gobernarán el reino; resolución que disgustó tanto al factor y veedor, que de ella apelaron al emperador, y determinaron vengarse á su tiempo del que la había dado.

“Corrieron casi tres meses sin que el mal ánimo de estos prorrumpiera en al-

gún escándalo. Pero Salazar, que era el que más ojeriza tenía á sus dos compañeros, no pensaba entre tanto sino en perderlos: para esto creyó oportuno grangearse la amistad de Rodrigo de Paz, hombre el más poderoso acaso que había en México, pariente de Cortés y tenedor de sus bienes. Este designio lo ejecutó valiéndose de este diabólico artificio: propone á los tres gobernadores que se prenda á Paz: ignoro el pretexto que alegó para procedimiento tan irregular; lo que consta es, que Estrada, creyendo que la proposición de Salazar nacía de particular enemistad, hizo cuanto pudo por impedir aquella violencia; pero al fin, sabedor de que los otros dos gobernadores habían expedido el mandamiento de captura, contra su voluntad la subscribió, y se procedió á la prisión de Paz. Cargado éste de hierros, fué encerrado en la casa de Salazar, que seguro de su intento, pasa á verlo, y mostrándole el decreto de prisión de los gobernadores Estrada, Albornoz y Zuaso, no de otra manera que si se compadeciera de su desgracia, le dice:

—“He aquí la recompensa que has tenido de la amistad y favores con que has colmado á estos gobernadores: si fueran tus amigos como protestaban, y como en

la realidad lo somos Peralmidez y yo, no se hubieran conjurado en perderte. Si deseas salvar tu vida y vengar esa injuria, unámonos todos, que mañana luego te daremos la libertad, y juntos, á tus tres enemigos privaremos del gobierno.

“Oído este razonamiento, y considerando Rodrigo de Paz que aquellos en quienes más confiaba se habían vuelto contra él, incautamente juró á Salazar y á Peralmindez Chirinos eterna amistad. De hecho, estos dos al siguiente día intercedieron con los tres gobernadores para que el preso quedara libre, como se ejecutó. Y para más disimular su traición Salazar, propuso á sus compañeros que al otro día fueran á San Francisco á comulgar, con lo cual entendería el pueblo que cuanto se había hecho en la prisión de Paz, era con acuerdo de todos.

“El conocimiento de Salazar y Chirinos no fué tan secreto que entre tanto no lo barruntaran los tres gobernadores; por eso al siguiente día, habiendo concurrido, les dieron en cara con su traición en estos términos:

—“Con capa de amistad nos habéis engañado: á nuestras expensas habéis comprado la de Paz: gran premio á fe de caballero, obtendréis de esta maldad.”—
Hasta aquí el historiador antes mencionado.

Los hechos subsecuentes forman una horrible cadena de perfidias, intrigas, violencias, tumultos, robos, asesinatos, y, en una palabra, de todo cuanto importa la transgresión de la moral y el olvido de todo sentimiento de virtud ó caballerosidad. Salazar, Chirinos y Rodrigo de Paz, con algunos regidores que se habían ganado, tienen una junta en las casas de cabildo, y en ella declaran privados de su empleo á los tres gobernadores. Ocasiónase de aquí un alboroto en la ciudad, armándose todos para defender á este ó al otro partido; prende el fuego de la guerra civil, que procuran apagar los religiosos de San Francisco; luchan los de un bando con los del contrario; triunfa el de los reboltosos, y cuando ya se consideran suficientemente asegurados en el poder, pagan á Rodrigo de Paz con la más negra ingratitud, entregándole á manos del verdugo. Poco antes divulgaron que Cortés con su comitiva habían muerto en la expedición á las Hibueras, y para dar más visos de verdad á la noticia, celebran funerales por el alma del conquistador, todo con la mira de apoderarse de su hacienda; logran su intento, y al registrar el palacio de éste, se cometen mil villanías con las nobles mexicanas que había encargado fueran servidas en su ausencia con todo decoro; ávidos

de riqueza, no omiten diligencia para descubrir los tesoros que según la fama, tenía Cortés ocultos. Salazar, que quiere conciliarse la amistad de Albornoz, pone preso á Pedro de Paz, su enemigo; escápase éste de la cárcel y se retrae á San Francisco, lugar entonces de refugio para todos los que eran el blanco de la persecución; quieren los infames gobernadores asegurarlos, cercan el convento, y sacados de él, los ponen en la cárcel.

El Venerable Fr. Martín de Valencia desplegó en esa ocasión una energía de que pocos le juzgarían capaz. Requiere por tres veces á los profanos que habían violado el sagrado asilo, conminándolos con las censuras eclesiásticas si no reponían en el mismo lugar á los retirados. Salazar y Chirinos se hacen sordos á esta voz, pero el custodio fulmina entredicho en la ciudad, y saliendo de ella en procesión con sus frailes y los vasos sagrados, se encamina á Tlaxcala.

Desconcertados los gobernadores, y prestando oídos á la voz de su propia seguridad, amagada por los hombres que no podían ver con ojos serenos tanto desafuero y tantos escándalos, hacen volver á los religiosos y reponen inmediatamente en el monasterio á los retirados.

La Providencia quiso en esa vez manifestar que la justicia puede alcanzar

victoria aun en manos del mortal más débil.

XI.

Tal fué el desenlace de aquel ruidoso acontecimiento, que con razón pudo considerarse como una epidemia social. “Habiendo vuelto Cortés á la capital (dice el Ilmo. Baluffi, citado por el señor Dávila en un escrito relativo al P. Valencia), habiendo vuelto Cortés á la capital, fué recibido entre los mayores aplausos y lágrimas de consuelo, no solamente de los españoles, sino también de los mexicanos, que esperaban en él ver restablecida la paz y general prosperidad. Los primeros pasos del ilustre capitán fueron al templo de los franciscanos, de donde había venido la salvación, á dar gracias al Altísimo por aquel beneficio. Y no contento con esta demostración, consignó á la memoria de la posteridad, que así como poco antes un puñado de valientes soldados habían conquistado á la Europa aquel imperio, así entonces lo habían conservado un incomparablemente menor número de franciscanos.”

Acreedor á este elogio es, singularmente, el V. Fr. Martín de Valencia, por cuyas inspiraciones se guiaban los demás religiosos. Y nótese de paso cómo sin in-

linar la balanza de su afecto en pró de ninguno de los Bandos contendientes, como tales, se aprestó á la lucha luego que se trató de salvar al oprimido, luego que llegó la oportunidad de poner coto á tantos desmanes, á tantas injusticias y á tantas profanaciones como entonces se cometieron. Aun cuando no hubiera otro rasgo de su vida que nos le diera á conocer como un hombre extraordinario, bastaría la conducta que observó en esa crisis peligrosa, para graduar de muy subido el temple de su carácter y de excelente la bondad de su corazón. Pero cada paso que daba en su carrera, le acreditaba como un espejo de virtud, y su existencia era de aquellas cuyas horas se consumen en la práctica del bien, ó cuando menos en el deseo eficaz de realizarle: era una cadena de eslabones de oro. Sigamos el hilo por las otras situaciones adonde plugo á Dios llevarla.

XII.

Bella es la ciudad populosa, capital de la antigua República, que, nutrida con sabias lecciones de virtud, y acrisolada en la escuela de la adversidad, supo mantener su noble independencía, á costa de privaciones y combate, en medio de un imperio poderoso que todo lo abarcaba!

¡Grande y gloriosa la capital del fértil territorio que no sintió jamás sobre sí el yugo monstruoso del despotismo azteca, que pesaba sobre la cerviz de tantos y tantos pueblos! ¡Digna y benéfica la patria de los héroes, la "tierra del maíz," la hermosa Tlaxcállan!

Un astro luciente preside sus destinos; su clima aconseja las grandes acciones; el tiempo la contempla respetuoso, sin atreverse á minar sus muros, y el río que pasa besando su planta le tributa el homenaje de sus linfas y la arrulla de noche en medio del silencio, con la armonía de sus murmurios.

Mas, ¿qué extraño rumor se levanta de su seno? ¿por qué puebla tanta gente sus calles? ¿adónde se encamina ese concurso imponente, que con paso mesurado parte de la gran plaza, y emprende la subida por la falda de la montaña vecina? Jóvenes y ancianos, mujeres y niños, todos van de consuno, y todos llevan una cruz en la mano.

En su andar, aunque tardo, se descubre la impaciencia, y en su semblante hablan á un tiempo el gozo y la curiosidad: ¿van á la conquista de un tesoro?

Ya desfilan por las sinuosidades de la garganta fresca y amena, y ya se dilatan por la ladera sin árboles, como una cinta viviente, como un solo cuerpo anima-

do. De lejos se ven en conjunto como una serpiente escamosa que sube tranquilamente á solazarse á la cumbre.

Poco después, una vegetación recia y lozana les abre su seno de sombra y silvestres perfumes. Los niños gozan en recoger las bellotas de los pinos, y en arrancar del tronco torcido de las encinas, las plantas parásitas que en él hallan abrigo.

Deléitanse las muchachas en el gemido de la tórtola y en los suspiros de la brisa al peinar la cabellera de los "ocotes."

Los ancianos rezan en coro, presididos por un religioso de San Francisco, que lleva al hombro una gran cruz de madera; y entretenidos cada uno á su modo ni sienten cansancio, ni dan entrada en su corazón al fastidio. Sin embargo, no ha muchos años que nadie podía penetrar por entre aquellos troncos seculares sin un sentimiento indefinible de temor supersticioso. Allí habita Matlacueye, la odiosa de la vestidura azul, la protectora de la labranza, el genio de los nublados, la diosa de las aguas. Desde la cresta de la montaña, adonde acuden las nubes sumisas á su voz, prepara las lluvias que han de ir á derramar la prosperidad en los sembrados de sus adoradores.

Aún se ve en pie en lo interior de una gruta, la imagen de la diosa: no bien

oreada está todavía en sus aras la sangre de las víctimas; mas el culto de que es objeto, va muy pronto á desaparecer, y su prestigio se desvanecerá como el humo del "copalli" que veía impasible elevarse hasta su faz de piedra.

Llegó ya este instante supremo. El fraile y su comitiva tocan ya á la entrada de la gruta, y entre los mueras al enemigo del linaje humano, y los himnos y aclamaciones á Jesús y María, derriba el ídolo y levanta y pone en su lugar el sagrado signo de la redención. Dirigiéndose después con aire de triunfo á los que le rodeaban, dice en alta voz:

— ¡Sólo el Dios verdadero es el que da el agua, y sólo á él se tiene de pedir!

El religioso que así obraba era el P. Fr. Martín de Valencia.

XIII.

Desde que el venerable apóstol vió reforzada la Colonia de franciscanos de México con la llegada de nuevos obreros, libre del cargo de custodio que había desempeñado por dos veces, y ardiendo en vivos deseos de ganar más almas para el Evangelio, resolvió pasar á China en compañía de Fr. Juan de Zumárraga, primer Obispo de México, y de Fr. Domingo de Betanzos.

Este proyectado viaje quedó, sin embargo, lejos de realizarse, pues aunque llegaron los misioneros al puerto de Tehuantepec para embarcarse en los navíos que había mandado hacer Cortés con esa mira, encontráronse con que éstos estaban en muy mal estado. De regreso ya en México, el P. Valencia, fué destinado á morar en Tlaxcala, cuyo monasterio se debe á él, siendo su guardián por mucho tiempo, y desde allí hizo la subida á la montaña de Matlacueye, con el objeto ya indicado.

Mas no sólo se encerró en el círculo de estas labores. Constante en el apego que tenía á los niños, dividía su tiempo entre las prácticas de religión y los ejercicios literarios, enseñando á sus alumnos, como dice Benavente, "desde el abecé hasta leer por latín."

XIV.

Después que dejó á Tlaxcala, fué sucesivamente guardián de Amaquemécan y de Tlalmanalco, hasta que llegado el año de 1533, en que hubo de celebrarse capítulo en México, pasó á esta ciudad para asistir á él; y aunque atendidas sus relevantes prendas, pensaron sus hermanos en reelegirle para alguna prelación, instó tanto porque desistiesen de esta idea, que le

dejaron en libertad de vivir en la humilde clase de súbdito y en el lugar que más á su gusto conviniera.

Acerca de este último período de su vida, hallamos una noticia curiosa en Motolinía. "El año postrero (dice) que dejó de tener oficio, por su voluntad escogió de ser morador de un pueblo que se dice Tlalmanalco, que es ocho leguas de México, y cerca de este monasterio está otro que se visita de éste, en un pueblo que se dice Amaquemécan, que es casa muy quieta y aparejada para orar; porque está en la ladera de una terrecilla, y es un eremitorio devoto, y junto á esta casa está una cueva devota y muy al propósito del siervo de Dios, para á tiempos darse allí á la oración; y á tiempos salía-se fuera de la cueva en una arboleda, y entre aquellos árboles había uno muy grande, debajo del cual se iba á orar por la mañana; y certíficame que luego que allí se ponía á rezar, el árbol se henchía de aves, las cuales con su canto hacían dulce armonía, con lo cual sentía él mucha consolación, y alababa y bendecía al Señor; y como él se partía de allí, las aves también se iban; y que después de la muerte del siervo de Dios, nunca más se ayuntaron las aves de aquella manera. Lo uno y lo otro fué notado de muchos que allí tenían alguna conversación

con el siervo de Dios, así en verlas ayuntar é irse para él, como en el no parecer más, después de su muerte.”

Ocurrió ésta en 21 de Marzo del año siguiente de 1534, á consecuencia de un ataque de pulmonía. Este suceso fué acompañado de tales circunstancias, que bien merece nos detengamos en describirle minuciosamente.

Hallábase el varón insigne en la gruta de Amaquemécan, con Fr. Antonio Ortiz, y aunque con asomos de buena salud, encarándose á él, le dijo en acento sosegado:

—“Ya se acaba.”

—“¿Qué, padre?” contesta el compañero, sin atinar con el verdadero sentido de la expresión.

—“La cabeza me duele, añade aquél. pasado un rato, y desde entonces se le declara y va tomando creces la enfermedad.

En tal estado, emprende con su compañero el camino de Tlalmanalco. La gruta, en cuyo seno de paz había hallado el recogimiento que tanto le halagara, quedaba desde ese instante sola para siempre; y las aves que se congregaban en el árbol á gozarse en su oración, echándole menos al siguiente día, no tendrían ya á quien tributar el homenaje de su ternura y sus gorgoros.

Llega á Tlalmanalco, recibe los auxilios espirituales, y obsequiando la orden de su guardián, consiente en que se le traslade á México para que en el monasterio de esta ciudad puedan sus hermanos dispensarle atenciones y cuidados que no es dable hallar en una población escasa de recursos.

Mas la esperanza que se fundaba en este paso, se disipa en breve. Colocado en una silla, sostenida por algunos sirvientes, camina en compañía de tres religiosos hacia el pueblo de Ayotzinco, donde habrá de embarcarse para llegar á México por agua.

Eternas parecen las dos leguas que separan á Tlalmanalco de ese lugar; pero al fin ya están en la ribera.

Disponíase el santo religioso á entrar en una canoa, cuando, mudando repentinamente de propósito, se acoge á la sombra de un sauce; pónese de rodillas, y volviéndose á Fr. Antonio Ortiz, le dice: —“Defraudádose ha mi deseo,” aludiendo con estas palabras al martirio que había intentado ir á buscar á China.

Pocos segundos después, encomendando su alma al Señor, deja de vivir.

Sus compañeros quedan como petrificados al recibir un golpe tan rudo cuanto inesperado. Arrodillanse todos á orar, y el sol baña con rayos de oro aquel grupo

inmóvil de tres hombres atribulados, haciendo brillar las lágrimas que se deslizan silenciosamente por sus mejillas.

XV.

Así terminan los días de un hombre que jamás se desvió de la senda de la virtud. Años antes había asegurado al P. Ortiz, su amigo, que moriría en el campo, y ya hemos visto con cuánta puntualidad se verificó el pronóstico.

Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de Tlalmanalco, acompañándole hasta la última morada, las lágrimas de los religiosos y de los naturales, que con la pérdida de aquel padre virtuoso, se sentían huérfanos y desolados. Algunos días después, el P. Testera, que á la sazón era custodio, hizo exhumar los restos venerables, y trasladarlos al convento de México, en donde se les dió honrosa sepultura. Dícese que pasados algunos años, fueron de allí trasladados ocultamente á la gruta de Amaquemécan.

El sauce que contempló la agonía del ilustre apóstol, permaneció fresco y lozano por mucho tiempo; pero aún más fresca vive la memoria de las virtudes del mismo héroe, cuyo nombre, aunque no se ve en el catálogo de los santos, ocupa,

si, un lugar eminente en el de los benefactores de la humanidad.

Al referir su vida hemos hecho mención de algunas circunstancias en que campea lo maravilloso. Aun cuando la filosofía no apadrine tales especies, de propósito hemos querido darlas á conocer, por conservar á la crónica su fragancia de poesía. Pero donde debe estudiarse á P. Valencia, donde puede observarse á las claras la influencia saludable que ha ejercido, es en la série de hechos que constituyen su existencia real, esto es, en su conducta, en su comercio ordinario con los hombres, no en la vida contemplativa, no en la vida del espíritu extasiado ante las tornasoladas regiones del misticismo. Allí se admira á un hombre que al atravesar por el mundo no ha tenido más móvil, no ha tenido otro deseo, que el de hacer bien, que el de hacer bien aun á costa de su propio bienestar, y que tuvo la rara constancia de perseverar en el mismo deseo hasta la tumba.